
C A P Í T U L O X

Del importante secreto que Santiago reveló a la buena Romualda

Un día, las campanas del templo de Mapiche, dieron los toques acostumbrados para avisar a los fieles la salida del Viático. Muchas personas acudieron inmediatamente, porque ya se sabía en la villa que los auxilios espirituales eran para una de las niñas más mimadas del lugar, hija única de un rico propietario, la cual se hallaba en peligro de muerte, víctima de una fiebre violenta.

El padre Juan estaba impaciente, porque a la hora precisa faltaba el monaguillo. Varias veces salió a la puerta de la iglesia, y preguntó por el chico que hacía aquel servicio. Santiago, que estaba en el atrio, con aire muy compungido, se acercó al Vicario, y le dijo a media voz:

—Yo creo que Pedrito está enfermo, pero si usted quiere, yo puedo acompañarle.

—Eso no se pregunta, Santiago. Cuánto mejor que vuelvas a recordar los buenos tiempos en que me servías de monaguillo. Entra, pues, y échate el vestido como puedas, porque creo ha de quedarte corto. ¡Has crecido tanto!

Santiago no se hizo esperar: aquello era un secreto convenio con Pedrito, a quien ofreció buena recompensa con tal de que no portase por la iglesia a la hora del Viático. Con gran presteza entró a la sacristía, se puso la hopa y el roquete, y previno las cosas necesarias. Bien se comprendía que el oficio no le era desconocido.

Prontamente salió el Viático: la piedad de las familias se puso de manifiesto en los cortinajes y flores con que estaban adornadas las casas que

había en el tránsito, y en el religioso respeto de la numerosa comitiva, precedida por el esquilón, cuyo acompasado sonido causa honda impresión en el ánimo, porque nos recuerda el fin último, la suprema despedida, en medio de lágrimas y sollozos.

La enfermita estaba envuelta en blanquísimas sábanas, rodeada de deudos y personas amigas. Detrás de las cortinas del lecho, se oían unos fuertes sollozos, que casi hacían saltar las lágrimas a los concurrentes: era el padre de la niña, hombre como de cincuenta años, de aspecto respetable. Frente al lecho había un altar preparado *ad hoc*, en que ardían cuatro cirios, en medio de varios ramos hermosísimos de azucenas, tan cándidas como la inocencia pintada en el rostro angelical de la enferma, cuyas mejillas, encendidas por la fiebre, alejaban la idea de que pudiera estar a las puertas del sepulcro.

Hubo un rato de silencio: el Vicario recitó las preces de costumbre y dio la sagrada comunión a la niña, que apenas entreabrió los ojos. Pronto quedó terminada la triste y conmovedora ceremonia, sin que nadie parase mientes en el profundo pesar de que era víctima el improvisado monaguillo. Temblaba en sus manos la vela, cuando hubo de acompañar al sacerdote hasta el lecho de la enferma. Al fijar sus miradas en aquellos lindos ojos entreabiertos, casi apagados por el sufrimiento, el rostro de Santiago se alteró de un modo notable, y dejó caer la cabeza sobre el pecho, para no levantarla sino en la calle, cuando se vio al aire libre, de regreso para la iglesia.

Terminada la bendición, entró a la sacristía, se despojó rápidamente de los hábitos de monaguillo, y huyó de carrera por el fondo o solar de la iglesia, que tenía comunicación con la casa del Vicario, a la cual entró sin llamar a nadie, ni proferir una sola palabra, y se encerró en su cuarto. Era este una pieza muy aseada, sencillamente amueblada, con una mesita, donde tenía sus libros y recado de escribir, una percha, varias sillas de suela, un baúl y la mullida cama, diariamente compuesta por Romualda. Cuando se vio solo, se tendió sobre el lecho, con la cara oculta entre las almohadas, prorrumpiendo en amarguísimo llanto.

El reloj del Vicario, uno de esos antiguos relojes de pesas, cuya caja de madera, larga y estrecha, se levanta hasta el techo como una columna, dio pausadamente las once de la mañana, hora en que empezaba a sentirse

en el comedor el ruido de los platos y cubiertos. El almuerzo estuvo muy pronto sobre la mesa, y el Vicario se vio interrumpido en su sala de estudio por la voz del ama de llaves.

—Venga su merced, que ya está servido.

—¿Y Santiago? —preguntó el padre Juan— ¿no ha venido? Llámalo, porque debemos felicitarlo. Hoy se ha portado como un hombre formal. Al pobre muchacho me lo tenían trastornado las malas compañías, haciéndole ver que ya estaba muy grande para servir de monaguillo, pero hoy me ha sacado de apuros, sin que yo le dijese nada, acompañándome en el Viático, cosa espontánea de él. ¿Qué te parece, Romualda?

—Yo me contento mucho de eso, mi amo, porque así le cogerá gusto a la iglesia, hasta que llegue a vestir los hábitos, pero no ha venido todavía, y no sería malo que su merced, muy por las buenas, le aconsejase que venga siempre a las horas de comer, porque eso de estar calentando y recalentando la comida, no conviene. Mejor es quitarle a tiempo ese resabio.

—Tienes razón, Romualda, pero hoy por hoy, hay que perdonarle esa, y darle más bien los plácemes por su conducta.

El Vicario acabó de almorzar sin que Santiago llegase. Romualda fue al cuarto del chico, y halló la puerta trancada, contra la costumbre, novedad de que no quiso noticiar al padre Juan, hasta no cerciorarse de lo que fuese, previendo que algo serio envolvía aquel hecho inusitado.

Lo que frecuentemente sucede entre el padre y la madre de un hijo mimado y consentido, eso pasaba entre el padre Juan y Romualda: ambos reconocían las faltas y defectos de Santiago, pero ninguno quería por su parte darle el disgusto de un regaño; y por eso se daban recíproca comisión para llamarlo al orden, y recíprocamente le encubrían cualquier travesura, haciéndose la vista gorda, cegados por el cariño, cada vez que el muchacho daba motivo de reprensión, motivos que siempre da un niño, aunque sea de pasta angelical.

Encendió un tabaco el señor Vicario, dio algunas instrucciones a Romualda, entre ellas que no descuidase vigilar la caballeriza, para que no faltase pasto a la mula; y empuñando el quitasol, salió a la calle en diligencias de su ministerio.

Romualda, al verse sola, fue a llamar con mayor insistencia a la puer-

ta del cuarto del niño, que se abrió al fin, y simultáneamente los brazos de Santiago cayeron sobre los hombros de la afectuosa anciana.

—¡Mamita, por Dios! ¿qué hago yo?...

—¿Qué es, hijo, qué te pasa? —le preguntó sin salir de su sorpresa.

—¡Lolita!... ¡Lolita, que está muy mala!

Y el pobre niño se echó a llorar a gritos, abrazado a Romualda, por cuyas rugosas mejillas corrieron también dos hilos de lágrimas. Su instinto de madre le había hecho presentir que algo grave sucedía, y aquella revelación del muchacho la confirmaba en sus temores.

—No te aflijas, hijo, que Dios es muy grande, y ya verás cómo se pone buena la muchachita. ¡Yo no sabía que la querías tanto!...

—No se lo había dicho a nadie, a nadie, pero hoy la he visto postrada en la cama, y no sé lo que me ha pasado. ¡Está muy mala, no me ha mirado siquiera! Lolita se muere, y me va a dejar solo!...

La desesperación se pintó en el semblante del muchacho. A Romualda se le agotaron las fuerzas, y se puso a llorar también. Al cabo, tomó un partido para consolarlo: limpióse los ojos con las puntas del gran pañuelo de Madrás, que usaba cruzado sobre el pecho, y con mucha suavidad acarició la cabeza del niño, componiéndole los revueltos cabellos que le cubrían la frente.

—No te desesperes, hijo. Espérame aquí tranquilo, mientras voy yo misma a casa de D. Manuel, a ver cómo sigue la niña.

Tan de carrera salió la anciana, que dejó abiertas las puertas del interior de la casa, inclusive la del corral, y las gallinas, una tras otra, encabezadas por el gallo, emprendieron una excursión por la cocina y demás habitaciones que hallaron francas. El almuerzo de Santiago, que había quedado a medio tapar sobre la mesa, fue devorado en un santiamén por la alada falange. Poco mal le hicieron, porque en aquellos momentos no estaba él para pensar en almuerzo.

Pronto regresó la anciana, dando traspiés y llena de fatiga, achaques muy propios de su edad, que no era para andar de prisa.

—¡Buena noticia! El médico la ha encontrado mejorcita: ha hablado, ha pedido agua y se le ha rebajado la calentura. Ya ves, pues, que no hay por qué desesperarse tanto.

La esperanza es sin duda un rayo del cielo, un fuego vivificador. Bri-

llaron de pronto los ojos de Santiago, y limpiándose las lágrimas, se acercó a Romualda, abrumándola a preguntas.

—¿Usted la vio? ¿Tenía los ojos alegres? ¿quiénes estaban con ella?

—Lo que te digo es la verdad: está mejorcita y hay mucha esperanza.

Sacude, pues, tu tristeza, y vamos a almorzar.

—Pero mire, mamita, que no sepa nada mi padrino.

—No, hijo, mi amo está muy lejos de sospechar nada de esto; más bien te esperaba muy contento, para darte la enhorabuena por haber vuelto a servir en la iglesia.

Diciendo esto, Romualda se fue a calentar el almuerzo, y aquí fueron las bravatas y palos: se armó una de San Quitin entre la anciana y las gallinas, que todas azoradas volvieron a su encierro.

—Pues ustedes la hicieron, ustedes la pagan.

Y fuese tras ellas, a registrar los nidos, en pos de huevos frescos por reparar el daño. Una tortilla, unas fritas de plátano maduro, y una taza de oloroso café, con arepa de maíz y buen queso, vinieron a ser el almuerzo de Santiago.

¡El pobre niño! Cuán distante se hallaba días antes de verse envuelto en las llamas, para él desconocidas, de una pasión como aquella, que sin darse cuenta de cómo ni cuándo, se había apoderado de su alma inocente, y que inesperadamente lo sometía a las torturas de una angustia, indefinible, de un pesar profundo, o bien lo trasportaba a una alegría inefable, llena de ilusiones y de esperanzas para lo porvenir.

Desde muy niño había estado en frecuente trato con dos niñas de su misma edad, poco más o menos: María, que era sobrina del padre Juan, a la cual quería como una hermanita, por ser de la casa y familia de su padrino, a donde iba a pasar los domingos con su buena madre doña Paula, y Lolita, hija única de D. Manuel Alquiza, y huérfana de madre, compañera y amiga íntima de María.

Las dos niñas eran inseparables, y ambas miraban en Santiago a su más fiel y allegado servidor en sus juegos y caprichos infantiles. Santiago, por su parte, las servía y obsequiaba como un verdadero hermano: por ellas se trepaba a lo alto de los árboles, en busca de una fruta o de un nido de

pájaros; por ellas andaba y desandaba la villa y sus contornos, en pos de alguna golosina, de una flor o de un juguete.

Criado en los primeros años de su infancia sin otros niños con quienes jugar, la compañía de la sobrina del Vicario y de Lolita fue para él una dicha inesperada, un motivo de nuevas y muy vivas impresiones.

No es fácil saber, en el desenvolvimiento moral, el tiempo preciso en que niños y niñas llegan a darse cuenta de la naturaleza y variedad de los afectos que alimentan en su corazón. De aquí que Santiago se dejase llevar, dulcemente y sin saberlo, por el cariño entrañable que profesaba a aquellas dos niñas. Aún no se le había ocurrido comparar en su corazón qué clase de afecto sentía por cada una de ellas.

Si fuese María la enferma de muerte ¿sentiría con igual intensidad aquella gran pesadumbre, aquella horrible desesperación?...

Santiago se hizo esta pregunta, y dolorosamente sorprendido, al punto comprendió que no; que si María le faltaba, su pesar sería inmenso, pero quedaría Lolita para alegrar su vida y llorar juntos la pérdida de su idolatrada amiga; mas, al pensar en que Lolita muriese, ah, ni María, con todo el poder de sus gracias y espirituales encantos, podría consolarlo: la desaparición de Lolita, era la muerte de su corazón, el hundimiento repentino de las alegrías, las ilusiones y las esperanzas más íntimas y queridas de su alma.

En este día leyó claro en su propio corazón, donde el destino de tiempo atrás tenía divididos y calificados aquellos tiernos afectos: ¡María era su amiga, y Lolita su primer amor!

La reposición de ésta fue sumamente lenta: llegó a temerse que le sobreviniera alguna tisis, tal era el estado de aniquilamiento en que la dejó la fiebre. Tan luego pudo levantarse, por consulta del médico, D. Manuel se trasladó con la familia a la aldea del Granadillo, en solicitud de mejores aires para la interesante enfermita.

Si Santiago había dado gusto al Vicario, volviendo inesperadamente a servir en la iglesia, ahora le iba a dar otro gusto, ofreciéndosele para salir a caballo por los extensos campos de su jurisdicción, a recibir las primicias y desempeñarlas en las demás diligencias que tuviese que hacer, fuera de aquellas propiamente ministeriales, por cuanto ya el padre Juan estaba pesado y achacoso para entender en tales asuntos lejos del poblado.

La vida de Santiago cambió mucho desde entonces: por cualquier motivo ensillaba la mula del Vicario y se alejaba de la villa.

—Está en la edad precisa de la pasión por andar a caballo —decía bondadosamente el padre Juan, hablando con Romualda.

—Pero a mí no me gusta que se vaya solo por esos campos.

—Déjalo, que así se formará en la fatiga y el trabajo. Ya está muy grande para que queramos tenerlo aquí metido en la casa, como niña bonita. Además, yo sé que va casi siempre al Granadillo, en diligencias de su oficio de sastre, y allá están mi compadre Manuel y mi buena sobrina María, que velarán por él en cualquiera necesidad.

Demás estará decir, que las excursiones de a caballo no tenían otro móvil principal que ir a ver a Lolita y a María, con ventaja para los vecinos de la aldea, a quienes Santiago ofrecía coserles a precios muy módicos: hasta gratis les hubiera hecho él una pieza de ropa, en cambio de hallar un motivo para trasladarse al pintoresco Granadillo.

A excepción de Romualda, nadie hasta allí había sorprendido su secreto. Estaba habituado a no hacer diferencia alguna entre las dos niñas, en sus tímidas e inocentes manifestaciones de cariño. Jamás llegaba con las manos vacías, pero las frutas y las flores que por el camino solicitaba, eran para ambas, y por ambas mostraba en todo el mismo interés, sin distinción alguna.

¡Ah! pero hay una comunicación no ostensible e inevitable, que no puede ser equívoca, comunicación misteriosa, que descubre hasta lo más íntimo del alma, aunque los labios callen: es el fuego mismo del amor, que se escapa por los ojos, como se escapan por la boca de un hornillo las encendidas llamas.

El tiempo corría velozmente, pero no así la mejoría de Lolita. Muy poco había ganado en año y medio de permanencia en el Granadillo: las gracias de los quince años, la edad de los hermosos atractivos de la mujer, veíanse nubladas en su dulcísimo rostro por una palidez enfermiza. Sus ojos negros brillaban como dos luceros, pero sus miradas eran lánguidas y melancólicas.

María, por el contrario, rebosaba de salud: sus mejillas, sonrosadas siempre, hacían más notable la palidez de su íntima amiga. La sobrina del

padre Juan era también de bellissimo rostro y gentiles formas: había sido criada en las constantes faenas del hogar, ora ayudando a su buena madre en la crianza de sus hermanitos menores, ora desempeñando los múltiples oficios domésticos, desde la costura hasta el barrido de la casa, trabajos que son el más honesto y provechoso gimnasio en la educación física y moral de la mujer. En sus ojos expresivos había un rayo de inteligencia y de ternura que cautivaba dulcemente: María era en realidad lo que se llama un tipo simpático.

Un suceso inesperado y raro en cualquier otro país, pero lógico y frecuente, por desdicha, en la provincia de Sanisidro, vino a interrumpir la tranquilidad de que gozaban D. Manuel y su familia en el Granadillo: estalló una revolución local, y el gobierno, con la premura del caso, dio orden a las autoridades de los cantones para reclutar gente y declararse en estado de guerra.

D. Manuel no era partidario del Gobierno, lo que para el criterio de los gobiernistas, era tanto como ser revolucionario; de suerte que el jefe del Granadillo, como medida de alta política, inició sus operaciones militares con la prisión de D. Manuel, quien fue sacado de noche de su hogar, y conducido a la cárcel de Mapiche, junto con los primeros reclutas.

Cuando Santiago supo esto, ensilló la mula del Vicario, de acuerdo con éste, y rápidamente se trasladó al Granadillo, a ofrecer sus servicios a doña Ángela, hermana de D. Manuel, con quien estaban Lolita y María, a las cuales suponía en gran tribulación.

Apenas frisaba Santiago en los diez y seis años, y tenía casi la estatura de un hombre bien formado Su carácter, dócil en la intimidad de la familia, era sin embargo quisquilloso en punto a ideas de honor y decoro personal, no obstante los consejos del padre Juan, que lo había educado desde niño en las máximas de la tolerancia y la prudencia, haciéndole ver, cada vez que tenía noticia de que andaba enredado en pleitos y disgustillos de calle, que lo mejor era perdonar las ofensas y sufrir con paciencia las flaquezas del prójimo.

¿Qué consejos más saludables podía darle sino los del Evangelio? Pero debemos tomar en consideración, que la edad de Santiago no era la de la tolerancia y la prudencia, sino la del pundonor, y el celo exagerado por conservarlo limpio de toda mancha.

Cuando llegó a la aldea, le salieron al encuentro María y Lola, en extremo afligidas por la prisión de D. Manuel.

—Mi padrino es de parecer que inmediatamente se vaya la familia para Mapiche, y como ahora no se consiguen bestias para el viaje, manda su mula para Lolita, porque los demás podemos ir a pie sin gran fatiga.

—Lo mismo hemos pensado nosotras —le contestó María— y te esperábamos por momentos para ponernos en marcha, porque doña Ángela es muy miedosa, y no teníamos un hombre que nos acompañara.

—Que vaya mi tía en la mula —dijo Lolita, mirando a Santiago con sus lánguidos y hermosísimos ojos. —Yo iré a pie con ustedes.

—¿Y si te hace daño, Lola? Mira que el médico ha dicho que no te convienen los ejercicios muy fuertes; y una tirada de dos leguas a pie, es cosa muy seria.

—Pues iremos remudando ¿No es verdad, Santiago?

—Yo hago lo que ustedes dispongan. Hay, sin embargo, otro medio, pero quizá no les agrade.

—¿Cuál? —preguntó María.

—Buscar aquí burros para que vayan todas a caballo.

—No, no —dijeron las niñas, cubriéndose la cara con las manos. —¡En burros, y de para arriba!... No llegaríamos nunca.

—Sin embargo —dijo María— debemos someternos a lo que resuelva doña Ángela.

—Pero mira, Santiago —agregó Lola— hazle ver tú que los burros son muy pesados, y que más ligero iremos a pie.

Doña Ángela, que estaba atribuladísima con la prisión de su hermano, salió a combinar el viaje con Santiago, y no consintió en que Lolita fuese a pie, por más que la niña así lo deseaba. Envió a la casa de un vecino, a pedir en préstamo un burro, que fue facilitado en el acto.

Como el tiempo urgía, enjaezaron la mula y el pollino con aparejos para mujer, y seguidamente emprendieron camino, con las personas del servicio, y otros burros cargados con el equipaje.

La caravana tenía algo de bohémica: doña Ángela iba en la mula, Lolita en el pollino, y María y Santiago a pie. A no ser por el estado de sobresalto y angustia en que iban, pensando en D. Manuel, habrían hecho un viaje

divertido. Como estaba previsto, en la primera cuesta, el burro empezó a pararse. Merced a los paraguazos que por un lado le daba María, y a las fuertes palmadas que por el otro le daba Santiago, seguía camino paso a paso, con su interesante carga.

Así y todo, los jóvenes habrían deseado que la peregrinación durase mayor tiempo; pero no pensaba lo mismo doña Ángela, que suspiraba por llegar cuanto antes a la villa, la cual hallaron no menos revuelta que el Granadillo: guerrillas que iban y venían por las calles, allanamiento de casas, prisiones, tribulación en la familia y todo el funesto cortejo de males que traen el trastorno del orden público y la exaltación de las pasiones políticas.